

Postmodernidad y educación: una aproximación al universo de los jóvenes

Daniel Guerrero Ramos,
Departamento de Orientación;
María del Carmen García García,
Departamento de Ciencias Naturales.
IES "Sierra Mágina" de Huelma (Jaén)

RESUMEN

Los jóvenes que acuden a los centros escolares en los que se desarrolla el proceso de enseñanza y aprendizaje, no son ajenos a una tendencia que, desde diversas perspectivas y con muy variados matices, ha sido descrita con algunos de los rasgos que se presentan en las páginas que siguen y que conforman un perfil con claros oscuros del complejo fenómeno conocido como postmodernidad. La escuela no puede ser ajena a los condicionantes que la cultura postmoderna imprime a los sujetos que son objeto término de la práctica docente que tiene lugar en ella. De ahí que, en esta breve aproximación a la cultura postmoderna, se ofrezcan unas sencillas pinceladas de esta sensibilidad, con el convencimiento de que el compromiso educativo de tantos docentes (del ámbito formal y no formal) no podrá materializarse sin considerar el contexto y los aportes específicos que la caracterizan.

ABSTRACT

Teenagers going to schools where the teaching-learning process is been developed, are aware of a trend which, from different perspectives and very varied nuances, has been described by means of some of the features introduced in the following pages, that conform a profile influenced by a post-modern phenomenon. School itself cannot remain aloof from the determining factors that this post-modern culture is giving to students, who are the main objective of teaching. This is the reason why, in this slight approximation to this post-modern culture, some simple touches of this sensitivity are offered; we are convinced that the educational compromise of such many teachers won't come to fruition without considering the context and the specific contributions which characterise it.

PALABRAS CLAVE

Educación y postmodernidad, sociología, enseñanza secundaria.

1. APROXIMACIÓN AL FENÓMENO DE LA POSTMODERNIDAD

A estas alturas ha sido mucho lo que se ha escrito acerca de ese fenómeno que ya se conoce, desde hace algunas décadas, como la postmodernidad. Pero, a decir verdad, este término está todavía envuelto en una penumbra desde la que no es fácilmente posible asomarse con un halo de luz que permita iluminar sus profundidades, haciendo que se desvanezcan todos sus oscuros recovecos. No hay por

qué ocultar, pues, que cualquier definición que se le quiera dar a este término tiene que ser deudora de un esfuerzo subjetivo de síntesis que, tras un previo ejercicio de comprensión analítica, se resuelva en una nueva propuesta que pueda considerarse continuadora o en la senda de las que, con mayor o menor acierto, diversos autores, desde sus respectivos ámbitos de reflexión, han expuesto con anterioridad.

A este respecto, es suficientemente clarificadora la posición que expresa el profesor Jiménez Ortiz (1993), en el estudio que consagra a realizar una aproximación a esta temática, cuando afirma, como acabamos de apuntar, que no existe una definición clara y unánime del fenómeno postmoderno. Es más, el hecho es que tras este vocablo es posible hallar, como afirman otros autores especializados (Lyotard, 1987; Lipovetsky, 1986; Cebrián, 1987), las más variadas tendencias y perspectivas, incluso opuestas, al remitir la palabra a niveles y esferas de análisis difíciles de hacer coincidir. Pero, aun así, es posible llegar a un acuerdo acerca del sentido y trascendencia de este término, si, como vamos a exponer en este breve estudio, somos capaces de esbozar, a grandes trazos, aquellos elementos en los que fácilmente la mayoría de los autores se han puesto de acuerdo.

Una primera aproximación al término nos la ofrece, de modo sintético, el profesor Gervilla (2000), para quien la postmodernidad es una nueva sensibilidad, talante, condición o praxis, de extensión e intensidad diversas, que tiene como fundamento la crítica a la modernidad. El profesor Jiménez Ortiz (1993), sin desdeñar en absoluto lo anterior, aporta algún que otro nuevo matiz, considerando que este fenómeno puede ser concebido como una tendencia que ha ejercido un influjo nada despreciable desde el punto de vista social y cultural, y que es vivida como una especie de talante, como un estado de ánimo, que en el ámbito de la discusión filosófica indica la pérdida de confianza en la razón, la crítica de los proyectos de la ilustración, el desencanto frente a los ideales no realizados.

Con estos presupuestos iniciales, no es difícil comprender que la postmodernidad expresa la manifestación de un nuevo tiempo (de ahí el prefijo *post-*), el que sigue inmediatamente a la precedida modernidad, de la que esta nueva etapa se distancia en su forma de concebir el pensamiento sobre las realidades objetivas y últimas y por su oposición a los elementos que la caracterizaban. En definitiva, entraña una nueva expresión de relativismo que afecta a todos los ámbitos del ser y que se traduce, así mismo, en una nueva cultura, la cultura de la era postmoderna.

Los niños y jóvenes que son atendidos en los centros educativos se están formando en un ambiente vital que está transido de las notas características de esta nueva sensibilidad o tendencia. Conocer el entorno en el que crecen y se desarrollan para adaptar la respuesta educativa a sus necesidades, planteamiento que podría considerarse deudor de los principios de individualización y de adaptación, no implica sólo desentrañar el universo de lo familiar, escolar o, incluso, comunitario. Comporta, además, conocer lo que, en referencia a la teoría ecológica de Bronfenbrenner (1979) podríamos traducir como el “macrosistema”, concebido como el marco cultural o ideológico que afecta o puede afectar a los sistemas de menor orden a los que pertenece cualquier sujeto y, por ende, al mismo sujeto, con una cierta tendencia a la diferenciación con respecto a otros marcos ideológicos y culturales. Las páginas que siguen representan un humilde esfuerzo de escudriñamiento.

2. RASGOS DE LA CULTURA POSTMODERNA

Siendo conscientes, como acabamos de indicar, de la complejidad de esta realidad, vamos a exponer a continuación los rasgos que se consideran el fundamento del armazón en el que se asienta la llamada cultura de la postmodernidad.

Desencanto y debilidad de la razón

La postmodernidad se ha instalado en el desencanto, la desilusión y la desconfianza hacia una razón que no ha sido capaz de ofrecer una explicación sensata y convincente a los desastres de la humanidad. Las esperanzas depositadas en la ciencia, la técnica, la justicia e igualdad social no se han materializado en el sentido que se esperaba: que se ha progresado sería una barbaridad no reconocerlo, pero no siempre como se esperaba o con los fines que se pretendían. De tales progresos no siempre se podrá afirmar que el hombre ha salido más humanizado.

Se impone, pues, en buena parte de la clase intelectual, la sensatez racional del conformismo, la reconciliación con lo limitado y una serena humildad intelectual. La postmodernidad ha puesto de moda el agnosticismo, es decir, la suspensión del juicio hacia toda realidad que se escapa de su control; promueve, además, una actitud *pasota*, de desistimiento y desentendimiento, en definitiva, de renuncia a la participación activa. Se instala cómodamente en el pensamiento débil, optando por vivir el presente, evitando el pasado y procurando no hacerse planteamientos de cara a un futuro incierto.

Pérdida del fundamento

La pérdida de un fundamento en el que asentar el horizonte de la existencia, ha provocado su disolución en una multitud inabarcable de múltiples fundamentos. Y este hecho ha traído consigo una situación de temporalidad en las vinculaciones sociales, junto a una clara desorientación de cara al futuro y una manifiesta desvalorización de los que se consideraban valores supremos de la modernidad.

Fin de los grandes relatos de la humanidad

Los grandes relatos son aquellas visiones compactas e integradas de la realidad, que tienen como finalidad proporcionar una visión integrada y coherente de sus múltiples aspectos. Entre sus funciones se encuentran las de dar cohesión al grupo social y legitimar un orden axiológico. La postmodernidad se ha disuelto en una pluralidad ingente de pequeños relatos que ejercen su soberanía sobre aquellos otros intentos de unificación del pensamiento y de la realidad, que ejercieron los grandes relatos en la modernidad. A estos intentos universalizantes por explicar y dominar la realidad, como afirma Lyotard (1987), no hay que echarlos de menos, porque han sido causa de terror. Vivimos, pues, bajo la égida de la fragmentación y el pluralismo, destino insuperable del hombre de hoy, asediado de sospechas frente a los grandes relatos y obsesionado por las diferencias.

La era de la “modernidad dogmática” ha pasado; a partir de los hechos y datos objetivos sobre el mundo, no es posible construir una ideología, una práctica artística o

una opción moral científica y coherente. Según Rubert de Ventós (1984), es preciso olvidarse de nuestras ideologías incommovibles. Es el mismo trasunto que destilan las palabras de Barrios (1993):

“La levedad del ser, la falta de su fundamento, su propia carencia de solidez ontológica es justamente lo que posibilita el juego de las interpretaciones que da algo de consistencia a la vida; de ahí se despliegan las relaciones siempre cambiantes a las que procuramos conferir cierta estabilidad mediante el lenguaje y el olvido de la condición metafórica de los conceptos que empleamos” (p. 154).

Disolución del sentido de la historia

La postmodernidad afirma que ha llegado el fin de la historia, entendiendo por ésta el proceso unitario, el horizonte histórico, las coordenadas orientadoras... que dan sentido a la totalidad. Este sentido se ha perdido en un sinfín de pequeñas historias, sin visión totalizante ni unificadora, que invaden el momento presente. Como afirma Lipovetsky (1987), la clave está en vivir el presente, sin preocuparse del pasado y del futuro: el sentido histórico ha desaparecido.

Fragmentación moral

Si la postmodernidad ha puesto en tela de juicio el fundamento del ser, de la razón y de la historia, ¿qué queda entonces? No queda más que fragmentación moral y un resbaladizo terreno en el que la razón carece de principios sólidos en los que asentarse. La moral fragmentada sitúa en su centro de decisión al Yo, a sus sentimientos o preferencias, como orientadoras de la acción. Surgen tantas microéticas como sujetos, pero éstas se limitan a ofrecer sólo respuestas al microuniverso de lo cotidiano. Estas palabras de Jiménez (1993) condensan, de algún modo, esta nueva forma de vida:

“(...) el momento postmoderno explicita el proceso de indiferencia pura en el que todos los gustos y comportamientos pueden cohabitar sin excluirse. Todo puede escogerse a placer, lo más operativo como lo más esotérico, lo viejo como lo nuevo, la vida simple y ecologista como la vida hipersofisticada, en un tiempo sin referencias estables ni coordenadas. Este hombre de la postmodernidad no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas” (p. 82).

3. LOS JÓVENES EN LA CULTURA DE LA POSTMODERNIDAD

En este nuevo contexto es en el que vive buena parte de nuestra sociedad actual. Sin embargo, donde más se aprecia su influjo es en el mundo de los jóvenes. Ellos no pueden ser analizados al margen de la sociedad en la que viven, como si fuera posible sustraerlos por completo del que es, sin lugar a dudas, su ámbito cultural de

crecimiento y desarrollo. Por eso, tal como afirma Lozano (1991), no hay problemas o cuestiones juveniles, sino problemas sociales que se reflejan o se condensan en los jóvenes. Son ellos los que concentran los problemas y conflictos de una sociedad compleja, que ha sido de algún modo anegada por una marea de postmodernidad que empieza a dejar la huella de su paso, arrastrando todo lo que la etapa anterior había construido sobre grandes cimientos. Por un lado, la relativización de aquellas instituciones que han sostenido durante décadas la socialización de los individuos; y, por otro, como ya se ha señalado, la fragmentación, la diferencia, la desconfianza frente a la razón y los grandes relatos, el relativismo, el hedonismo narcisista...

En este amplio espectro de fuerzas deconstructoras y revisionistas, se está produciendo en la actualidad el proceso de crecimiento y desarrollo de los chicos y jóvenes que recibe la institución escolar u otras instituciones u organismos encargados de propiciar un marco educativo y de conocimiento. Todas ellas, si pretenden ofrecer un "producto" de calidad y con eficiencia, deben realizar un esfuerzo por comprender al hombre de hoy, desde una perspectiva integradora, pero al mismo tiempo encarnado en el "humus" en el que acontece su historia. Dibujar un perfil, si es posible, o al menos enunciar algunos de los rasgos que definen a la actual generación de jóvenes, es una exigencia previa a todo ejercicio docente del tipo que fuere. Y a ello, con innumerables claroscuros, como ocurre en cualquier fenómeno humano, orientamos las siguientes reflexiones.

Reservas frente a lo institucional y abstracto

Las encuestas y trabajos consagrados al estudio de las generaciones actuales suelen poner de relieve que los jóvenes valoran de manera significativa lo personal y concreto frente a lo institucional y abstracto. O lo que es lo mismo: renuncian a las utopías que antaño se erigieron en baluarte configurador de una década, para concentrar sus esfuerzos y energías sólo en aquellos objetivos personales o de pequeño grupo fácilmente materializables. La generación actual de jóvenes muestra una mayor sensibilidad hacia aquellos problemas sociales, sobre todo si le afecta o vislumbra que podrá afectarle en un futuro no muy lejano (vivienda, trabajo, sueldo...), muy por encima de los ideales o utopías que en décadas pasadas inspiraron profundos movimientos de cambio y de transformación social. En la actualidad, los que optan por adherirse a asociaciones, procuran hacerlo en movimientos que no se vinculan ni política ni socialmente por alguna de las opciones posibles, prefiriendo, más bien, aquéllos que promueven actividades de tipo lúdico, deportivo o cultural.

Este rasgo tiene también su prolongación en el modo en que los jóvenes se vinculan afectiva y efectivamente con las instituciones. Las que mayor confianza les merecen son aquellas que hunden sus raíces en las relaciones interpersonales y se revisten de elementos propios de la democracia como forma de organización interna. Las que gozan de un menor aprecio son las que se consideran clásicas, las que tienen un componente autoritario y jerárquico o las que están más lejos de asumir los principios de un funcionamiento democrático, alejadas, al tiempo, de la vida cotidiana de los ciudadanos.

Pluralismo y tolerancia

Resulta ineludible señalar que uno de los rasgos que definen nuestra cultura occidental es el del pluralismo. La postmodernidad no ha hecho más que hacernos conscientes de esta realidad, que viene siendo caracterizada por una pluralidad inabarcable de informaciones y estímulos, en la que se ponen de manifiesto las diferencias, las discrepancias y los diferentes modelos axiológicos. Los jóvenes son sensibles a la legitimidad y riqueza de las diversas culturas. Y no se escandalizan por los posicionamientos más diversos ni por las diferencias patentes en cualquier grupo humano, caracterizándose, además, por un alto índice de tolerancia hacia las ideas, opiniones y creencias de los demás, y hacia los colectivos marginales o grupos sociales más desfavorecidos.

Alto aprecio de la amistad

La amistad viene a ser considerada como uno de los valores en alza por los jóvenes, casi equiparándose al de la familia. De ahí que no sea extraño que una de las actividades por la que más optan los jóvenes sea, precisamente, la de pasar el tiempo con los amigos. En ellos se deposita la mayor confianza, la que brota de un grado importante de cercanía e intimidad, y la que posibilita, al mismo tiempo, que se conviertan en el lugar al que recurrirían para pedir consejo o ayuda.

El sentido de lo lúdico y festivo

Dado que en la sociedad actual el ocio ha dejado de ser el corolario de la actividad programada, la que sigue al tiempo de trabajo, para comenzar a ser contemplado como un espacio con valor en sí mismo, que no es privativo tan sólo de una capa social sino que se ha convertido en un fenómeno social central y universal, los jóvenes, en los cuales se hacen eco de un modo singular los cambios sociales, reflejan también este cambio de paradigma en torno al sentido de lo lúdico y festivo. En esta nueva cultura prima el ocio, que se ha convertido en una nueva filosofía, frente a la centralidad del trabajo. Se trabaja incluso para conseguir hacer del ocio una espacio privilegiado de la vida, un tiempo reservado para el ejercicio de actividades que se desvinculan de un modo claro de aquellas otras que están asociadas al ejercicio profesional o al cumplimiento de las obligaciones contraídas en distintas esferas de lo privado o de lo personal.

Falta de identidad, fragmentación interior e inseguridad personal

En la actual generación de jóvenes se ha producido un déficit de identidad personal enormemente grave que no es sino la consecuencia de la quiebra de las escalas tradicionales de valores, la proliferación unida a la confusión ideológica, la amenaza de los innumerables poderes anónimos y el desapego cultural y afectivo de las instituciones que pueden ofrecer una referencia inmediata a los individuos (familia, pueblo, tradición cultural, confesión de fe...).

El vacío psicológico y social en el que se encuentra la personalidad de muchos de nuestros jóvenes explica el hecho de que se adhieran a asociaciones, grupos de tiempo libre o de perfiles religiosos, tribus urbanas, grupos de ideologías extremistas, sectas... en la ansiada búsqueda de una identidad prestada, como la llaman algunos, que llene el vacío o la soledad en la que parecen hallarse.

Es precisamente la situación compleja de nuestra sociedad, caracterizada por un bombardeo continuo de informaciones e imágenes dispares y heterogéneas, la que no facilita una sana estructuración psicológica de los individuos. Se produce, pues, una sensación de inseguridad personal y, con bastante frecuencia, también aumentan los niveles de baja autoestima, a lo que contribuye no sólo la incertidumbre social sino también el complicado panorama laboral que se les presenta una vez concluido su periplo formativo en los centros de estudio.

Desinterés por la política

Uno de los pensadores de la postmodernidad, advertía hace ya algunos años que la cultura postmoderna se convertía en un vector de ampliación del individualismo, que traería consigo la desvinculación del individuo de las estructuras sociales institucionalmente establecidas, como consecuencia de la proliferación de las posibilidades de elección y del oscurecimiento de los puntos de referencia y de los valores superiores de la modernidad (Lipovetsky, 1986).

Esta actitud postmoderna es la que encarnan ahora muchos de nuestros jóvenes cuando expresan, de manera consciente, su rechazo a toda forma de realidad u organización política. No es la democracia, como forma de organización de la convivencia, la que es cuestionada, porque se sienten satisfechos con este modelo de organización social. Rechazan, más bien, la agresividad de que se han ido dotando las organizaciones y partidos políticos en sus reivindicaciones y los oscuros juegos de poder e interés que esconden únicamente un insaciable apego al ejercicio del poder. No se identifican, pues, con sus proclamas, ni con sus objetivos, ni menos aún con sus intereses. En sus conversaciones, no dan cabida a los temas políticos si no les incumben muy directamente; y muy raras veces se inmiscuyen en la vida interna de las organizaciones que canalizan, de forma institucionalizada, la actividad política.

Vivir el momento presente

En la compleja situación social en la que se encuentra, el joven, que se ve necesitado de algún marco o coordenada de referencia que le guíe y oriente, no encuentra el modo de iluminar la complejidad de lo real o de descubrir un sentido histórico último al que asirse, en la marea en la que se siente sumergido. De ahí que opte por una forma de presentismo que se traduce en una vinculación exclusiva al presente, despojándose del peso del pasado y evitando la angustia del futuro. El mensaje es bien claro: hay que vivir el presente, el aquí y el ahora.

Esta situación vital se traduce, por un lado, en un conformismo social, afectivo y económico; y, por otro, en la percepción del futuro como una auténtica amenaza, que provoca perplejidad, inseguridad y preocupación.

Relativismo y provisionalidad

Los jóvenes, como ya se ha apuntado, reflejan los valores presentes en la sociedad a la que pertenecen, de un modo bastante manifiesto. Por eso, si uno de los valores dominantes en este momento es el relativismo en sus diversas concepciones, una característica más de la actual generación juvenil es la de encontrarse sometida a la esfera gravitatoria de este valor imperante. Esta circunstancia constriñe al sujeto y le obliga a tener que alterar la configuración de su identidad en función de las opciones que hayan tomado o por las que se decidan los demás.

En una sociedad que se caracteriza por este modo relativista de envolver todas las decisiones humanas, no es difícil que las que se consideran más importantes como, por ejemplo, la de compartir la vida con otra persona mediante el establecimiento de vínculo permanente e indisoluble, estén también afectadas por este criterio, el de una provisionalidad que se resuelve en un revisionismo constante de la opción tomada.

Lo afirmado cabría decirlo también de otras esferas, como de la amistad, la profesional, la económica, la política o la social. El joven, no aferrándose definitivamente a nada, está siempre en situación de resituarse en un escenario que cambia a gran velocidad. Sabe que le toca estar situado en el *aquí*, pero también es consciente de que sólo será *por ahora*. Pues puede que en otro momento, para no quedar descolgado de las oportunidades de cualquier tipo que puedan surgir, deba situarse en otro lugar.

El hedonismo y la vulnerabilidad psicológica

Con el panorama que hemos ido dibujando hasta el momento, no resultaría disparatado afirmar que el comportamiento juvenil parece orientado hacia el consumismo hedonista. Así, los jóvenes otorgan algún valor al esfuerzo sólo si les proporciona una gratificación instantánea; optan antes por el beneficio personal que por el compromiso y la responsabilidad pública desinteresadas; exaltan el tiempo libre sobre el tiempo dedicado al trabajo o sustento; viven un presentismo a ultranza que evita tanto mirar al pasado como prever el futuro... Como afirma el sociólogo De Miguel (1995), “si algo caracteriza a la sociedad de consumo española es un desaforado deseo de gozar. Esta inesperada codicia contrasta con tantos siglos de forzada y sublimada austeridad. Una vez más se cumple para España la ley del péndulo” (p. 363).

Los jóvenes se consideran a sí mismos ferozmente consumistas. A ello ha contribuido no sólo la sociedad en la que viven atrapados, sino también sus mismos progenitores, que suelen pensar que los hijos tienen derecho a poseer y a disfrutar de todos aquellos bienes que a ellos se les negaron o alcanzaron no sin grandes dificultades. Es en el contexto de un continuo hábito de gratificaciones inmediatas, en el que los jóvenes se han de enfrentar a la frustración y la ansiedad que se desencadena como consecuencia de la protección a la que se han visto sometidos durante su infancia y adolescencia, y de la escasa capacidad para soportar el sufrimiento, la renuncia y el sacrificio. Su escasa consistencia psicológica los hace enormemente vulnerables ante situaciones que ponen a prueba su escasa capacidad para soportar lo que no resulta

gratificante

4. ¿QUÉ PODEMOS HACER ANTE ESTE PANORAMA? EDUCAR A LOS JÓVENES EN UN CONTEXTO POSTMODERNO

Ante este panorama que acabamos de exponer, a todo educador, pertenezca al ámbito de la educación formal o al de la no formal, se le presenta un dilema ineludible: o lleva a cabo su compromiso con la educación de los jóvenes *según* los fundamentos axiológicos de la postmodernidad, u opta por la aniquilación de esos fundamentos. Habría argumentos para apoyar las dos propuestas. Y la discusión se ha desvanecido siempre en torno a la bondad de una u otra de esas dos opciones.

Es posible, sin embargo, que una tercera vía pueda abrirse paso y se proponga como un camino a explorar. No es la opción por el sometimiento que entraña hacer las cosas *según* unos determinados fundamentos; tampoco la que representa la liquidación de los mismos. Si tenemos en cuenta que la realidad social, cultural y axiológica no ha de ignorarse jamás en el ámbito educativo, parece más apropiado que la tarea educativa se desarrolle *en* este contexto, determinado por los rasgos ya esbozados que caracterizan a la postmodernidad, en la cual viven, en mayor o menor medida, nuestros jóvenes.

La educación no está llamada únicamente a realizar la propuesta de unos contenidos que deban ser asimilados por el educando. Está llamada, además, a poner al hombre en relación con la cultura, con su cultura, con esta cultura postmoderna, con el fin de que sea capaz de entablar un diálogo crítico con ella, realizando, asimismo, un sano juicio de discernimiento sobre la validez (o el valor) de las ofertas de sentido que le ofrece. Sólo desde este enfoque, que persigue una encarnación crítica en la realidad existente, se establecen las bases para que la educación, especialmente la que está necesitando la generación actual de jóvenes, sea más humanizadora y valiosa en todas sus dimensiones.

Desde que Kuhn (1962) introdujese el vocablo *paradigma*, no han sido pocos los que se han preguntado sobre la posibilidad de que en el momento presente (y desde hace ya algunas años) nos estemos adentrando en un nuevo *paradigma cultural* caracterizado por una interdependencia global y una comprensión holística de lo real, que ha convertido en inconmensurable la realidad que nos rodea. No valen, pues, las categorías heredadas de los modelos (o paradigmas) superados, sino que es necesario realizar un esfuerzo por hallar nuevas categorías y herramientas conceptuales que sean apropiadas para captar los contornos de esta nueva realidad. El universo educativo no puede quedar al margen de esta compleja empresa de discernimiento y a ella ha de entregarse con el convencimiento de que, cuanto más profundo sea el conocimiento que adquiera, mejores y más válidas serán sus propuestas de cambio.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRIOS, M. (1990): *La voluntad de poder como amor*. Barcelona: Serbal
- BRONFENBRENNER, U. (1979): *The ecology of human development*. Cambridge, M.A.: Harvard University Press
- CEBRIÁN, J.L. (1987): *El tamaño del elefante*. Madrid: ONCE

- DE MIGUEL, A. (1995): *La sociedad española, 1994-1995. Informe sociológico de la Universidad Complutense*. Madrid.
- GERVILLA, E. (1993): *Postmodernidad y educación. Valores y cultura de los jóvenes*. Madrid: Dykinson
- (2000). *Valores del cuerpo educando. Antropología del cuerpo y educación*. Barcelona: Herder
- JIMÉNEZ, A. (1993): *Por los caminos de la increencia. La fe en diálogo*. Madrid: CCS
- KUHN, T. S. (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press
- LIPOVETSKY, G. (1986): *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama
- LOZANO, J.M. (1991). *¿De qué hablamos cuando hablamos de los jóvenes? Acabar con la obsesión juvenil*. Barcelona: Cristianismo i Justicia
- LYOTARD, J.F. (1996): *La postmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Gedisa
- RUBERT DE VENTOS, X. (1984): *Filosofía y/o política*. Barcelona: Península